

# Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:  
Gary Oldman. La imposibilidad del bien

Autor/es:  
Plaza, Francisco

Citar como:  
Plaza, F. (1998). Gary Oldman. La imposibilidad del bien. Nosferatu. Revista de cine. (27):93-95.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/41083>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



# Gary Oldman

*La imposibilidad del bien*

**Francisco Plaza**

*Txarkeria-mota ugari dago. Zinematografoaren hastapenetatik, hamaika neurri eta izaera desberdinetako gaizkileek eraso diote pantailari protagonistei sufriarazteko, eta sarritan, pantaila-minutuak lapurtuz, jendearen zaletasunean haiek ordezkatzeara ere lortu izan dute. Pertsonaia maltzurren galeria horretan, gurgil-aulkia eskauleratan behera bultzatzen duen Richard Widmark-etik hasi eta James Stewart-i zangoztraba egin dion Lee Marvin-engana iritsi arte, atso zarpail bihurturiko Edurnezuriren amaordeak ere badu bere lekua. Inondik ere, gaizkiak baditu hamaika aurpegikera; Gary Oldman-ek bezalaxe.*



**S**ituémonos a principios de los años noventa, cuando el paranoico Oliver Stone está preparando **JFK, caso abierto** (1991), su particular visión del magnicidio más importante de la breve historia de Norteamérica. Para interpretar al incorruptible Jim Garrison, que pelea contra todo y contra todos tratando de esclarecer el asesinato del bienamado presidente, Stone ha escogido al héroe americano por antonomasia de los últimos ochenta y primeros no-

venta, Kevin Costner. El *casting* plantea ahora un grave problema: encontrar un actor que pueda encarnar al hombre más "odiable" que pueda imaginarse: un comunista asesino (o viceversa) capaz de trincar con sus disparos la carrera política, y de paso la vida, del político más popular de los tiempos modernos; un supervillano en la mejor tradición Marvel que debe despertar las antipatías del público al primer golpe de vista. La mezquindad de Lee Harvey Oswald no merecía otro reflejo



que la una vez más fascinante composición de un Gary Oldman que huyendo de los arquetipos consiguió dotar de profundidad y coherencia a un personaje que previsiblemente podría haber quedado condenado a un maniqueísmo exasperante.

Si hay un villano clave en este fin de siglo, un heredero directo del Dennis Hopper de **Terciopelo azul** (1986), ése no es otro que el actor inglés. Más próximo a la hipérbole que a la introspección interpretativa, Oldman pertenece a esa estirpe de intérpretes que en las antípodas de la contención trabajan sus personajes al límite, siempre asomándose desde el camino de los excesos al abismo del ridículo absoluto. Marcado por una infancia difícil y un carácter problemático, alcohólico en la vida real (lo que ha convertido su vida personal en una sucesión de fracasos y naufragios emocionales) y físicamente dúctil como pocos frente a una cámara, Oldman parece haber quedado encajillado ¿definitivamente? en un perfil de personaje cuyas líneas maestras podrían subsumirse en un estado de excitación cercano al paroxismo y un comportamiento decididamente psicopático acompañado siempre de una vulnerabilidad surgida de su propio desequilibrio. Chulos de putas, terroristas y asesinos son algunos de los caracteres en los que mejor ha encajado Oldman y con los que ha conseguido sus mayores cotas de expresión por un lado y el mayor reconocimiento del público por otro. Alejándose de estos parámetros, sus interpretaciones en películas como **Basquiat** (1996), en la que interpretaba al artista Albert Milo, o **Amor inmortal** (1994), donde daba vida ni más ni menos que al genial Ludwig van Beethoven, son por demás ejemplares de lo poco convincente que Oldman puede llegar a resultar cuando intenta abandonar su habitual campo de acción y han servido para afianzarle

(¿amortajarle?) en su personaje excesivo y granguñolesco.

### **Hacer de bueno no es para ti, Gary**

Los dos ejemplos anteriormente citados sólo nos ayudaron a confirmar lo que sospechábamos desde **Sid y Nancy** (1986); a saber, que Oldman dota a todos los personajes que interpreta, incluso a los que a priori pudieran parecer más cercanos a una relativa "normalidad", de un elevado grado de turbiedad. Sus (gracias a Dios) contadas apariciones como protagonista positivo, léase la fallida adaptación del clásico de Hawthorne **La letra escarlata** (1995) o su anecdótico intento de parecerse a Bogart en la piel del detective Pat Keiley en un episodio de la miniserie televisiva **Fallen Angels** (1993), se saldaron con relativos fracasos artísticos. En la primera de ellas, Oldman interpretaba con su habitual entrega a un religioso que incumplía la ley trabando bíblico conocimiento con una apetitosa y recientemente enviudada Demi Moore. El reverendo Dimmesdale desafiaba a la primigenia y puritana sociedad norteamericana y aparecía luchando por la libertad junto a los nativos desheredados y enfrentado a la bienpensante comunidad tardo-colonial de la que, por otro lado y paradójicamente, era uno de sus miembros más destacados. Incluso sus personajes más alejados de un registro perverso reciben la impronta de un Oldman cuya inquietante mirada obliga al espectador a mantener siempre la guardia alta en espera de que algo desagradable suceda de un momento a otro. Baste como clarificación al respecto observar que es en el fascinante **Drácula de Bram Stoker** (1992) de Francis F. Coppola donde un personaje interpretado por Oldman aparece más cercano a lo que se entiende por un protagonista positivo. Su mefistofélico príncipe de la tinieblas

oscila grácil entre el romanticismo adolescente y la maldad transoceánica en estado puro. Reflejo invertido y convexo de James Stewart, Oldman consigue que su sola aparición en pantalla resulte por sí misma amenazadora y eclipsa a sus personajes cuando se enfrenta a papeles no demasiado consistentes. Así, el descerebrado rockero heroinómano Sid Vicious se convertía gracias a la convicción con la que Oldman se enfundó su piel en un atormentado héroe existencialista, y la efímera relación que mantuvo con una *groupie* alcanzaba la intensidad de un soneto de Petrarca.

### **El signo de la locura**

Además de esa sensación de desamparo y peligrosidad que podemos considerar común denominador en todos los trabajos de Oldman, los perfiles de sus personajes aparecen siempre remarcados por un matiz decididamente psicótico y un desequilibrio evidente. En recreaciones alejadas de la clásica figura del malvado, como el inseguro Ian Tyson de **El clan de los irlandeses** (1991), un atormentado sociópata víctima de su tiránico hermano, la "bondad" intrínseca del personaje se ve empañada por un comportamiento alejado de cualquier pauta de normalidad y que raya la esquizofrenia. Recordemos el sufrimiento de este personaje fronterizo, capaz de guardar en la nevera las manos de un cadáver y permitirse jugar con ellas, pero al mismo tiempo dispuesto a cualquier cosa con tal de mantener la amistad de su viejo amigo de la infancia. En **Amor a quemarropa** (1993), Oldman interpreta a otro personaje nada ascético, el desmadrado Drexel Spivey, un macarra blanco que quiere ser negro, un inadaptado que no se siente a gusto dentro de su propia piel y que intenta modificar su aspecto exterior para dejar de ser él mismo, peculiaridad ésta compartida por el propio actor,



que gusta una y otra vez de modificar su aspecto físico en aras de conseguir una mejor caracterización que le ayude a construir el personaje. Como otros grandes pesos pesados de la actuación desbordante y desbordada, Oldman gusta de mutar entre papel y papel pasando sin descanso del arrastrado policía adicto a los barbitúricos de **El profesional** (1994) al rollizo alcaide Glenn de **Homicidio en primer grado** (1995), para después volver a perder peso y cambiar el corte a cepillo por la frondosa melena negra del religioso Dimmesdale en **La letra escarlata**.

La sublimación del perfil psicótico mostrado en la práctica totalidad de sus interpretaciones alcanza sin embargo un histrionismo arrebatado en dos de sus apariciones más felices y celebradas, en las que ya con una visión autocomplaciente, Oldman se permite dar rienda suelta a todo un festival de gestos que harían palidecer al mismísimo Lee Strasberg. En **Homicidio en primer grado**, Oldman encarna a Warden Glenn, tiránico alcaide de la prisión de Alcatraz, que no sólo consiente los malos tratos a los internos, sino que llega incluso a infringirlos él mismo dando en todo momento muestras de disfrutar enormemente con su trabajo. Oldman se regodea dejándose llevar por un personaje tan excesivo que parece hecho a su medida, al que despoja de toda humanidad y convierte en un exasperante amasijo de sudor y gritos, que alcanza el culmen en la escena del interrogatorio al que es sometido por el joven letrado, interpretado en el film por Christian Slater, demostrando su condición de acróbata de la gestualidad facial.

Pero quizás sea su magnífico trabajo en **El profesional** el mejor exponente de su característico modo de interpretar. Excesivo y excedido hasta el límite de lo permisible, el personaje interpretado

por Oldman es Norman Stansfield, un corrupto policía envuelto en asuntos poco diáfanos. Su interpretación en este film contiene momentos tan absolutamente memorables como el diálogo que mantiene con Natalie Portman en el lavabo de la comisaría; recreación monstruosa y posmoderna de la escena de Frankenstein junto al lago, el moderno Prometeo-Oldman se acerca sibilamente a la lolitescas Portman alcanzando cimas de tensión erótica de difícil descripción. Oldman se apunta así un nuevo tanto engrosando con el acoso a menores la larga lista de desmanes cometidos por sus personajes.



Amor a quemarropa

### La parodia. Sólo para incondicionales

Los últimos antihéroes interpretados por Oldman han tenido sin embargo un decidido tono paródico. El malo malísimo Jean Baptiste Emmanuel Zorg de **El quinto elemento** (1997), versión siniestra y filonazi de Krispín Klander, resulta caricaturesco, una autorreferencia humorística con la que Oldman asume el rol al que parece encadenado a perpetuidad y, dando una forzada vuelta de tuerca a su propio personaje, se ríe sin reservas de sí mismo y, de

paso, invita a todo espectador receptivo a disfrutar con sus dislates tan coherentes con el espíritu lúdico y *naïf* que impregna todo el film de Luc Besson. Zorg es la cima de la maldad, es mezuquino y perverso hasta el punto de que su ambición que le empuja a querer dominar el mundo entero termina por convertirle en patéticamente risible. Oldman acepta el reto que le lanza su buen amigo Besson y borda esta caracterización metaperversa convirtiéndose en un teñeco de sí mismo.

Y aún más delirante resultaba su hasta ahora última aparición como el perverso Ivan Korshunov en **Air Force One** (1997), en la que ni más ni menos intentaba secuestrar al mismísimo presidente de los EE.UU. (ahí les duele) encarnado por un Harrison Ford que veía cómo su avión personal era invadido por un maléfico ex-soviético que aún no se había enterado del final de la guerra fría. Aunque, por supuesto, al final el bien terminaba venciendo, Oldman volvía a conseguir inexplicablemente que a pesar de los excesos cometidos su credibilidad como intérprete permaneciera intacta.

Oldman ha dado recientemente un paso adelante en su carrera al debutar como realizador con la impactante **Nil By Mouth** (1997), una cruenta película de tintes autobiográficos. Mientras, podremos verle en breve enfrentado a William Hurt en la epopeya espacial **Lost In Space** (1998), donde, adivínenlo, volverá a interpretar a un supervillano sin escrúpulos que intenta amargar la vida de una familia. Sorpresa, sorpresa.